

el hermoso coronel continuó siendo el más independiente y afortunado de los coroneles del imperio.

Bajo esta forma ligera y caprichosa conservaba una profunda gravedad. Fiel á todas las grandes cosas, á la patria, á la amistad y el honor, hubiera derramado toda su sangre por una idea, por una palabra dada, por una injusticia que combatir y un infortunio que trocar en alegría. El comandante Riviere habia tenido razon al exclamar que si el coronel se mezclaba en ello el prisionero alcanzaria su libertad.

* * *

Enrique de Solignac supo en cuanto llegó á París el arresto de Claudio Riviere.

—¿Que está preso? ¿Por qué?

—¡Conspiraba!—le contestaron.

A Solignac no le gustaban los complots, pero queria á sus amigos y sobradamente sabia lo que le esperaba á Riviere.

Doce balas en el cuerpo, al pié de la trájica tapia de la llanura de Grenelle. ¡Claudio fusilado! ¡Aquel hombre de conciencia tan recta y corazon tan grande! ¡Un soldado tan valiente!

—¡Qué locura!—se dijo Solignac,—¡eso seria un crimen! ¡Que Riviere sea un loco, no lo sé y es muy posible; pero que merezca la muerte por que permanezca fiel á sus convicciones es un absurdo feroz!

Primero trató de servirse de su influencia para librar á Claudio Riviere. El señor Bernier, secretario de Fouché, quiso hacerle comprender lo inútil de su pretensión, pero Solignac se empeñó en ver al ministro y el duque le recibió con su acostumbrada cortesía.

—¿Os interesais por el comandante, coronel?

—Mucho.

—Entonces, decididle á que hable, es lo mejor que puede hacer para que le pongan en libertad!

Solignac se encogió de hombros cuando Fouché le explicó lo que entendía por aconsejar á Riviere á que *hablara*.

—¡El comandante no hará eso!—dijo con la misma energía que el mismo Riviere.

—Entonces, tanto peor para él. Está perdido.

Solignac tuvo por un momento la idea de escribir al emperador. Napoleon habia enviado al coronel de Bercheny á Paris con las banderas austriacas que el ejercito acababa de conquistar; Solignac estaba en favor, pero cuando le contaron en el ministerio lo furioso que estaba el emperador contra los descontentos del ejército, cuando Bernadotte le demostró que Napoleon desconfiaba de oficiales generales, incluso Massena y el principe de Ponte-Corvo, Solignac comprendió que nada tenia que esperar de lá generosidad imperial; Savary era, en aquel momento, poderoso y Savary muchas veces habia declarado necesarias las medidas de rigor.

—Sin embargo, es menester no dejar morir al hombre á quien debo la vida—dijo con firmeza el hermoso Solignac.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y como si la casualidad hubiese duplicado su resolución siempre varonil, Solignac se dijo que la suerte era favorable, puesto que el coronel del primero de húsares había sido el escogido para ir de Viena á Paris, y el armisticio le permitía no tener que reunirse en seguida con su regimiento, que había dejado á cargo de otro héroe, el señor de Juniac.

—Si yo fuera supersticioso—pensó el hermoso coronel,—creería que la casualidad me dictaba mi deber.

* * *

Corrían los últimos días de julio y hacía muchas semanas que Cláudio Riviere estaba preso, cuando Solignac resolvió emplear todos los medios posibles para poner en libertad á su hermano de armas.

El hermoso coronel habitaba en el boulevard Montmartre, en el hotel Saint-Fermin, y pensaba en los medios de conseguir su objeto, que era la salvación del comandante, cuando Marcial Castoret, su asistente y su compañero de la infancia, entró bruscamente en el cuarto, con el aspecto de un hombre que trae una gran noticia.

—Mi coronel, ahí está un hombre que desea veros.

—¿Cómo se llama?

—Juan Riviere, y según dice es el padre del comandante.

—Que entre,—dijo Solignac.

El coronel tuteaba al asistente, lo que era muy natural, y el asistente, en otro tiempo, había tuteado á su coronel, cuando jugaban juntos al *paso* en Solignac ó cuando se bañaban, siendo niños, en la Briance.

Solignac y Castoret habían nacido el mismo día, si puede darse fe á las partidas de bautismo de su parroquia: Solignac, de *padres desconocidos*; Castoret, de Leonardo Castoret, carnicero en Limoges, y de Francisca Malinvaud; y representaban en los dos grados de la escala, el ejército y la patria, en lo que tiene de más elevado: el deber y el sacrificio.

El soldado obedecía con gusto, y el coronel mandaba con dulzura. Un cariño instintivo enlazaba, como por una cadena, al hijo oscuro del aldeano y al hijo ya glorioso del azar, y Castoret se hubiese cortado una mano mandándose su coronel: Solignac quería á Castoret con el profundo afecto que nace de un gran aprecio.

Apenas Castoret hubo abierto la puerta del cuarto, cuando Solignac se levantó, adelantándose con visible deferencia hacia el bueno de Juan Riviere.

—¿Es al coronel Solignac á quien tengo el honor de hablar?—preguntó el antiguo comerciante en paños, fijando en Solignac sus ojos, que la edad había amortiguado y las lágrimas habían enrojecido, en los que se leía una gran emoción y una viva inquietud.

—Sí, señor Rivière—repuso el coronel alargando la mano al buen hombre—y adivinando por qué venis á verme, os aseguro de antemano que cuanto sea posible hacer por mi desgraciado amigo, se hará. Tened la bondad de sentaros.

El señor Rivière, con tal acogida, se halló en seguida en su centro. Aquel humilde burgués parisien habia continuado siendo tímido, pero el rostro franco y leal de Solignac le tranquilizó en seguida, dándole valor para hablar.

Solignac, en efecto, estaba creado para inspirar confianza. Con su alta estatura y su aspecto franco y robusto, el coronel conservaba siempre, aun en los momentos dudosos y decisivos, su ronrisona confiada y simpática. Sus espesos cabellos rubios cortados al rape por la parte de atrás de la cabeza, coronaban con sus locos rizos una frente vasta é inteligente. Bajo sus bigotes retorcidos como los de los *raffinés* del tiempo de Luis XIII, sus rojos labios hacian resaltar la sana blancura de unos magníficos dientes. Sus patillas rubias y cortas, partian de la oreja, segun la moda de aquella época, y se detenian en medio de la mejilla. En aquel jóven tan varonil habia una mezcla encantadora de fuerza y de gracia que le hacia parecerse á un personaje de Van Dick, interpretado por el baron Grós.

Enrique de Solignac no tenia nada de fátuo ni de afeminado. Fijaba resuelta y francamente sobre los hombres y las cosas sus grandes ojos azules, profundos y dulces, sin ocuparse de prestar á su mirada seduccion alguna.

Cuando iba de uniforme, apoyaba la mano en su sable sin tratar de hacer valer la esquisita elegancia de sus nerviosos dedos encerrados en sus guantes de ordenanza.

Vestido con traje de paisano como estaba entonces, en presencia de Juan Riviere, conservaba bastante aspecto militar para no parecerse á los Dorfeuil y los Florvial de los salones á la moda. Su frac de mañana se abria sobre un chaleco de gamuza y sus botas altas y con mucho lustre resaltaban sobre su pantalon cosaco.

Pero el encanto particular de aquel hombre era cierta delicada naturalidad visible desde su primer apretón de manos y su primera sonrisa. Agradaba por una especie de alegría, de juventud, de vitalidad, de salud y buen humor. En la época en que se creia en los filtros, hubiesen evidentemente acusado á Solignac de usar alguno; pero los únicos filtros del bello é intrépido coronel eran la franqueza de su mirada, lo atrevido de su frente, la fuerza de su brazo y el valor de su corazón.

El señor Riviere que temia encontrarse con un soldadote terrible, quedó encantado de hallarse ante un hombre tan agradable. Verdades que aunque Solignac hubiese sido un tigre, el antiguo comerciante en paños habria ido á buscarle.

Se trataba de la libertad y de la vida de su hijo, y, para defenderle, el anciano lo habria arriesgado todo, hasta el patíbulo ó el presidio.

—Coronel—dijo sentándose y sin esperar más,

—creo inútil deciros que el comandante es inocente. Es el mejor soldado del mundo. Yo no sé lo que le reprochan; pero aunque hubiese cometido un crimen, ¿me oís? un crimen—cosa de que es incapaz mi pobre hijo,—sería preciso salvarle.

—Difícil será—dijo Solignac.

—¡Difícil! ¡difícil! ¿A quién se lo decís? ¿Pero acaso es imposible? Coronel, vos que habeis hecho tantas cosas, ¿no podriais...?

—¡Haré lo posible y hasta lo imposible de que hablais! Vamos, busquemos juntos un medio...

—¡Oh! ¡Dios mio!—dijo el bueno de Juan Riviere con un candor admirable.—En cuanto á medios, no hay más que uno...

—¿Cuál?

Hacer evadirse al comandante.

El pobre padre daba á su hijo respetuosamente el título que éste habia conquistado á costa de su sangre.

Enrique de Solignac miró al anciano comerciante en paños, con aire pensativo.

—¿Una evasión!... ¡Lo decís muy fácilmente!

—¡Caramba!—dijo el señor Riviere.—El señor duque de Otranto, ¿me devolverá mi Claudio de buena voluntad? Si lo hace, me alegraré mucho; pero, ¿y si no lo hace?

—Teneis razon, señor Riviere—dijo el coronel, sorprendido y encantado de hallar tanta decision en un humilde anciano á quien el amor paternal hacia heróico.—Si, teneis razon; pero no es tan fácil evadirse de la Conserjería.

—Pasado mañana, el comandante no estará ya en la Conserjería, estará en el Temple.

—¿Quién os lo ha dicho?...

—¡Ah! ¿Creeis, acaso, que yo pierdo el tiempo, coronel? He rondado, suplicado, interrogado, hablado á los jueces, á los carceleros, á todo el mundo. Quisiera ser millonario para cubrir de oro á toda esa gente. Es cierto que, á pesar de haberles dicho que Claudio no era culpable, y que si habia conspirado no era peligroso, no han querido escucharme. ¡Ah!... ¡la política, coronel, la política! Siempre la he aborrecido como si hubiese presumido que debia arrebatarme á mi hijo! Mi pobre Susana—su madre—la temia tanto como yo... Habiamos tenido una niña... A lo menos con ellas está uno más tranquilo... ¡no tiene uno miedo á locuras!

¡Conspirar!... ¡Vamos, á quien se le ocurre!...

¡Un hombre que hubiese llegado á ser!... ¡Ah!... ¡qué sé yo lo que hubiera llegado á ser con su talento y su valor!... ¡Oh! no es que yo le acuse, coronel... lo que ha hecho, bien hecho está, puesto que ha creído deber hacerlo... Hay pocos corazones como el suyo en el mundo... Ello es que van á juzgarle, ya veis, y á condenarle. Por eso, segun parece, le trasladan al Temple.

Esto es bueno y malo al mismo tiempo; bueno, porque prueba que la detencion será larga; malo, porque indica que todo ha concluido y que la instruccion no puede acabar con un sobreseimiento. ¡Si, estoy muy fuerte ya en estos términos de curia! Y cuando pienso que si hubiese seguido esa carrera hoy seria un abogado,

un Malesherbes, coronel, ó un de Sezé!... ¡Dios de Dios! ¡qué triste es la vida!...

En fin, coronel, el hecho es que lo encerrarán en el Temple. ¡Pues bien, del Temple se sale, y es preciso sacarle de allí! Mirad: ¡yo, que soy un pobre viejo, le sacaré de allí, aunque tenga que prender fuego á la torre! ¡Para libertar á mi hijo daré todo lo que me queda de vida y todo lo que me sirve de pretesto en este mundo para vivir!

Solignac escuchaba con una emoción que trataba de disimular, las súplicas, los suspiros y las sublimes candideces del comerciante.

En vez de contestarle—porque no quería ni desesperar al padre de Claudio, ni darle mucha esperanza—le dirigió una pregunta:

—¿Y la señora del comandante? ¿qué ha sido de ella?

Un doloroso movimiento de cabeza, un gesto lento y desesperado, contestó por el pronto á la pregunta del coronel.

Luego, al cabo de un rato:

—En eso debe haber algo muy triste y de que vale más no hablar—dijo el anciano Rivière.—No está en su casa Teresa; ha desaparecido. Quizás ha tenido miedo; pero se ignora donde está. Le ha abandonado, coronel, á un hombre que se habría arrojado al fuego por ella. Me habían dicho que en este mundo había grandes bribonas, y yo no lo creía, porque Susana me había mimado mucho. Pero desaparecer cuando el hombre, cuyo nombre se lleva, está preso (y el pobre viejo bajaba la voz), y lo que

es peor, amenazado de muerte. ¿No es verdad, coronel, que es vil, infame y cobarde?

—¿Teresa Rivière tenía parientes en París?

—Sí, coronel, un tío: el señor Chambaraud, el ciudadano Silvan Chambaraud...

—Nunca le he visto, pero le conozco de nombre.

—Un antiguo convencional... ¡Oh! una buena persona, coronel. Se ha puesto, os lo aseguro, tan furioso como yo, cuando he ido á pedirle noticias de Teresa. Ni aun sabia que estuviese preso el comandante. Vive como un lobo, allá, muy lejos. Cuando me vió entrar en su casa, á mi que, desde el casamiento de mi hijo, me estaba quieto en mi rincón, sin incomodar á nadie, me pareció que aquel hombre adivinaba que era una desgracia lo que iba á anunciarle. Estaba sentado así delante de su mesa y rodeado de libros; miróme cará á cara.

«—¿Vos aquí, Rivière?—me dijo.

—Yo mismo, ciudadano... (Le llamo ciudadano no sé por qué... ¡La costumbre!...)

»—¿Qué sucede?»

Sus ojos no se apartaban de los míos.

«—¡Sucede, ciudadano—le dije,—que mi hijo está preso y vuestra sobrina se ha fugado!

»—¿Rivière está preso?

»—Sí.

»—¡Vamos, otra víctima de Bonaparte!»

Así es como llama al emperador: se levantó é iba y venia dando vueltas por el cuarto, pegando con el pie en el suelo. Algunas veces, al pa

sar junto á su mesa, cogia un libro y lo tiraba al suelo con ira,

—«Y Teresa —decía— ¡Una Chambaraud que huye! En nuestra familia adonde va el marido va la mujer, y si es preciso partir para el destierro, aun se da más prisa... Pero ¿qué quereis? —añadía.— Las mujeres son mujeres y la mejor no vale una sola lágrima ó un solo pensamiento de un hombre honrado. ¡Ah, pobre comandante!»

Tambien decia que era imposible que Teresa no volviera á aparecer, que debe velar de lejos por su marido, que quizás á estas horas trata de salvarlo., O mucho me engaño, coronel, ó el ciudadano Chambaraud sufre tanto como yo, tanto como nosotros, si me permitis decirlo así, con la detencion de Claudio, y si le necesitais, estad seguro de que hallareis siempre dispuesto al antiguo convencional.

—Ya veremos—dijo Solignac.—Por el momento no necesito de nadie.

—¿Luego renunciáis...?

—No renuncio á nada. ¿Me habeis dicho que el comandante será trasladado al Temple?

—¡Dentro de dos dias!

—Pues bien, volved dentro de dos dias, señor Riviere, y quizás, de aqui á entonces, habremos combinado un plan de campaña.

—¡Ah! coronel, coronel—exclamó el buen viejo Riviere,—si pudierais volverme á mi hijo, arrancarle de esa tapia, esa terrible tapia de Grenelle, en donde ya se ven tanto agujeros de balas; si consiguiéseis eso, no tendria más que un miedo: ¡el de volverme loco de alegría!

Solignac acompañó hasta la puerta á aquel padre anciano y abatido, pero capaz de afrontar todos los suplicios para disputar la vida de su hijo al verdugo.

La visita del comerciante, sus súplicas, las lágrimas que el antiguo propietario del *Grand-Titus* enjugaba con su pañuelo de cuadros aquella aparicion del afecto más completo, espresando su dolor de la manera más sencilla, habian impresionado vivamente al hermoso Solignac.

Cuando se quedó solo, el coronel notó que tenia los ojos nublados. Se sonrió, movió la cabeza y dijo en voz alta, como si hablara consigo mismo:

—¿Voy á echarme á perder la vista con lagrimitas? ¡Qué tontería! Al contrario, debo tenerla muy clara. ¡Castoret!—llamó con su voz varonil, que sus soldados oian aun á través del ruido de las balas.—¡Castoret, prepárate, amigo mio, que vamos á cargar!

El coronel confió á Castoret la delicada mision de hacer llegar á manos del comandante Riviere el billete que uno de los vigilantes del patio entregó á Claudio. El dios de los prisioneros, algunas veces tan clemente como el de los amantes ó el de los borrachos, permitió que uno de los vigilantes de la Conserjeria fuese compatriota de Castoret y del coronel.

El dragon le habia hablado de su pais, de las fiestas limosinas de la calle de la Boucherie, de las *gorgues* que corrian en otro tiempo, de la *brejeau* ardiendo, en que la cuchara se tiene

derecha como la mano de la justicia entre los dedos de una estatua real, de las *crepes* de trigo negro, de todo lo que formaba la vida del rincón de tierra abandonado en otro tiempo y siempre querido.

Aquellos patrióticos recuerdos habian sido además recalcados por algunas monedas de veinte francos, brillantes de juventud y cantando sin desafinar la seductora canción del oro. El vigilante dejó que le hablaran y consentió en creer que no es ningún gran crimen el entregar un pedacito de papel cualquiera á un prisionero.

Y de ese modo, Claudio Riviere pudo saber por el mismo Solignac que el hermoso coronel velaba por su amigo y que el comandante tenia por ayuda y sosten, por protector audaz y resuelto, á un soldado que, según las crónicas habladas de aquellos tiempos, nunca halló ingratos, ni entre las hermosas ni entre las victorias.

V

La señorita de la Rigaudie.

El hermoso Solignac no tardó en combinar, como habia prometido, un plan de campaña. Su acostumbrada suerte parecia en verdad favorecerle en este punto como en todos los demás.

El hotel de la Rigaudie estaba situado no lejos de la prision del Temple, y cuando la revolución, cuando la familia real y luego Luis XVI solo permanecieron encerrados en el Temple, la Commune de Paris decidió que un puesto de guardia se estableciera continuamente en aquel hotel para impedir que se sirvieran de él para tener correspondencia con los cautivos.

La hija del último marqués de la Rigaudie que habitaba durante la mayor parte del año en el castillo paterno, junto á la aldea de Solignac, no pudo disimular su descontento cuando al entrar en el hotel que habia adquirido en Paris, halló instalados á los guardias nacionales.

Sus muecas que no se tomaba el trabajo de ocultar, hubiesen podido serle fatales. No lo fueron, sin embargo, y la señorita de la Rigaudie durante sus viajes á Paris, como durante su